

# El gran vals



Todos los derechos reservados Raig 2008 © La imagen es tomada de la Web y aparece aquí sin ningún afán de lucro.

Rogelio Laguna

El mundo cambia  
si dos, vertiginosos y enlazados,  
caen...

*Octavio Paz*

A Esau Corona y Alejandra Trejo,  
quienes inspiraron este cuento.

# El gran vals

**Rogelio Laguna**

## I

Si muero será a tu lado, si muero me encerraré en el baúl de tu boca o en las cuevas desorbitadas de tus ojos, si muero será en tu vientre de terciopelo y en la espalda impúdica que me mostraste, por primera vez, una noche en la que caminábamos hacia el metro. Si muero será en tu espalda baja y en la almohada donde se recuesta tu lengua incontrolable. Si muero será envenenada con la morfina goteante de tus pupilas y el alcohol que brota cuando cierras los párpados.

Si muero será ahorcada en tu pelo negro y húmedo o asaltada en las mordidas de cocodrilo con las que me hieran tus dientes de vampiro. Si muero será agonizante cuando salga la luna llena y tú, convertido en hombre lobo, me arrastres de una habitación a otra para tocarme sin piedad y sin remordimientos.

Si muero será porque dejé la llave del gas abierta para que vayamos al otro mundo juntos y abrazados en la cama, si muero será atropellada bajo las llantas de tus labios y encerrada en el fondo de tu pecho. Si muero será por aspirarte tantas veces que me den mareos y ruede por la escalera hasta tus brazos. Si muero será de vieja y gritando que aún me amas. Si muero, y más vale que así lo pienses, será tan sólo contigo.

## II

—Te ves linda ésta noche.

—Vamos, no te burles, ¿a dónde iremos?

—A casa de Mariana y David.

—¿A otra de sus fiestas aburridas?

—No son aburridas, es sólo que no tienen nada interesante que decir.

—Es lo mismo.

—¿Con quién dejaste a los niños?

—Con mi mamá.

—¿No puso muchas objeciones?  
—No... creo que así se mantiene ocupada.  
—Bueno, definitivamente la edad hace cambiar a la gente...  
—¿Qué insinúas?, ella siempre ha sido buena con nosotros.  
—¿Buena?, recuerdas que ella...  
—Ya sé lo que vas a decir, pero no tengo ganas de discutir sobre eso de nuevo, ya casi han pasado cinco años, además me dijo que está arrepentida...  
—¿Tu mamá arrepentida? Hazme reír más.  
—Al menos mi mamá acepta cuidar a los niños. La tuya siempre sale con el mismo pretexto: su famoso curso de tarjetería española, ¡tan pasada de moda que está!  
—¡Oye! Estamos hablando de tu madre, no de la mía. Además, si tu mamá aceptó cuidar a los niños es para obtener algo a cambio. Ya lo estoy previendo: nos pedirá que la llevemos a visitar a algún pariente o nos insinuará que vio una vajilla “preciosa” en el supermercado.  
—Bueno, aceptó cuidar a los niños ¿no? Nada se hace gratis en esta vida.  
—¿Traes las llaves del carro?  
—No, ¿tú?  
—Creo que las dejé en la cocina.

(Tardarán media hora en encontrarlas).

### III

Las estrellas saben lo que pensamos desde que las nombramos. Esperaban esa señal: nuestro afán de poseerlas. Entonces penetran en nosotros mientras dormimos ingenuamente, y se roban así, todas las buenas ideas para que nunca las alcancemos en el firmamento.

Con un dedo puedo quitar o poner estrellas en la bóveda celeste, las pondré ahí, pero no las nombres. Déjalas reposar tranquilamente y cuando los dos caigamos al vacío como una gota de lluvia sobre un lago, entonces nómbralas a todas con mi nombre y diles que tú me mataste. Que tú cumpliste mis deseos más secretos, que me habías enamorado y tenías el derecho de darme vida o muerte según tu humor o tu destino.

Diles que cuando era niña pensaba que las nubes eran de algodón y que detrás del arcoiris había oro; diles que me conociste en un sueño, como en los cuentos de hadas, del que nunca despertaste; diles que querías que nos viéramos como dos esqueletos prehistóricos que los arqueólogos encontrarían abrazados, enlazados eternamente.

Escribe tu nombre en las estrellas que te he regalado, escribe tu nombre con las huellas que te dejaron mis manos, con la sangre que transmutábamos e en vino, con los recuerdos de nuestros niños. ¡Diles de una vez que odiabas a mi madre!, que regañabas al perro; diles que no soportabas el tráfico ni los ronquidos de tu padre.

Sólo así las estrellas bajarán del cielo y te abrirán la puerta tras la cuál se esconden tu abrigo de lluvia y tus guantes. Sal y corre bajo el polvo. Encuentra mi cuerpo flotando junto al tuyo. Porque aunque digas que no es cierto, yo te he matado, te asfixié con mi abrazo desnudo el día que por primera vez te acostaste a mi lado.

#### IV

—Bienvenidos— les dijo al abrirles la puerta, la casa estaba decorada con faroles chinos y olía a cigarro por todas partes. Al parecer la fiesta estaba más concurrida que de costumbre.

—Gracias, ¡feliz cumpleaños David!— respondió Alejandra y se fijó que los adornos de navidad seguían colgando a inicios de marzo.

—¿Cómo están?— les preguntó Mariana—espero que puedan quedarse más tiempo que en la fiesta pasada, hicimos mucha comida.

—Gracias, es una buena noche, pensé que llovería— contestó Mario.

—¿Por qué no pasan a la sala? en un momento estamos con ustedes.

Todos sonrieron y ellos cruzaron el recibidor hasta la sala donde estaban los demás invitados, muchas personas de la oficina (David y Mario trabajaban juntos), algunos familiares y una que otra pareja abrazada. Se sentaron en la esquina, junto al árbol de navidad y el nacimiento.

—Vaya que es extraña esta mujer ¿Cómo pudo dejar los adornos de navidad puestos?

—Tal vez quería un cumpleaños “navideño” para David. La fiesta pasada fue de indios y vaqueros...

—Sí, por eso no quise venir, ¡qué ocurrencias!

—A mí me parece agradable.  
—A ti te parece agradable todo lo que haga esa mujer.  
—¿Quieres bailar?  
—No, espera hasta después de la cena. Estoy preocupada por los niños.  
—Pero están con tu mamá.  
—Por eso.

## V

No quiero hablar, estoy harta de decir lo que ya sabes, estoy harta de que no digas nada nuevo. Todo lo que dices lo han dicho los caballeros medievales en las cruzadas. Y sus mujeres les creían, los esperaban. Idiotas esperando en un cuarto sin hombres y al cuidado de viejas solteras.

No querías nada serio conmigo y no lo creí desde el primer instante. Aún así pensaba que debías ser muy infantil para no darte cuenta que, el cabello largo y los aretes en la oreja, están pasados de moda después de los 30. Yo no quería nada estable y tú no lo creíste desde la primera cita.

Hablabas y hablabas de Octavio Paz, del poema que escribió cuando regresó de la India. A mí no me importaba si el poema empezaba y terminaba de la misma manera, quizás sólo fuera falta de creatividad, quizás Paz lo hizo para que algún día en un café tuvieras algo que decirme.

Pagué la cuenta y te dije que no hablaría de mí, era sólo un pretexto para hablar más. Te escribí cartas que te hice prometer que nunca leerías, yo sabía que siempre rompías tus promesas.

Tenías una cicatriz en la parte izquierda del abdomen, dijiste que tu primo te había enterrado un cuchillo cuando eras niño; yo te hubiera enterrado diez si no sonrieras como un niño de siete años que juega con la noche.

Eres un campesino caminando por la ciudad, un campesino que nunca ha vivido en el campo y que no ha hecho crecer comida entre sus manos. Eres un elevadorista sin elevador y un dramaturgo sin magia. Eres un zapatero al que los duendes le cosen sus zapatos y que incluso cree que existo, que existe esta mujer que desafía la gravedad y que siempre se para en el centro del escenario.

Soy yo tu mujer y tú no eres nada sólo mi costilla.

## VI

—¿Te acuerdas de esa canción?

—Je je, sí, cómo olvidarla. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Seis años, no pensé que duraríamos tanto, ni siquiera pensé que me iba a casar contigo.

—Estabas muerta por mí.

—Eso te hice creer pero me casé por interés.

—Vamos a bailar ahora que estamos sin los niños.

—Es verdad, los niños...

—Ya te dije que tu mamá los va a cuidar bien, ¿qué te preocupa?

—No me despedí de ellos.

—¿Despedirte? ¿Qué pasa?

—No sé, tenía ganas. Préstame tu teléfono.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablarle a mamá. Voy un momento afuera.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, no tardo.

## VII

Nadie sabe qué es la gravedad, nadie sabe cómo es que funciona o cómo hace que las manzanas caigan al suelo. Un día alguien descubrió que las cosas giran y giran, y en realidad están cayendo. Sí, vamos en caída libre alrededor del sol y la luna, y los satélites caen en nuestro entorno. Vamos bailando un gran vals, pero ya estamos mareados de tantas vueltas al compás de la música. Estoy llena de vértigo, me sostengo de ti mientras soy atravesada por ésta fuerza desconocida: la única que puede atrapar la luz.

Nunca sabrán que pude pensar todo esto en tan poco tiempo, pensarán que cerré los ojos y que sentí mariposas en el estómago; pensarán que salí por la ventana o que rompí el parabrisas por no usar el cinturón de seguridad. La verdad es que lo desabroché justo a tiempo para volar contigo.

No podrás zafarte del vals ni de mí. Aunque te enoje que conteste el teléfono en el cine y me de un ataque de tos en el teatro. Sólo tengo dos secretos y te los voy a confesar cuando se acaben los atardeceres y las nevadas en verano. Cuando las cigarras

sean precavidas y las hormigas olviden el nombre de Dios bajo el cual han estado trabajando.

Sólo tengo dos secretos en cada mano, de ellos me sostengo para volar y para esquivar las copas de los árboles y los rayos. Aun grito cuando nos convertimos en un remolino ardiente y me haces recordar que el amor existe si existe el cuerpo.

Si el otoño ha muerto, yo tengo todas las estaciones en mi piel, descríbelas. Deja de vender gelatinas en un andén frío y báñate conmigo en la catarata hirviente de mi pecho.

## VIII

—No debiste haberle gritado a esa mujer.

—Habló de más.

—Lo sé.

—Además tú también gritas.

—Pero sólo cuando me hacen enojar.

—Lo que es igual a decir que gritas todos los días. Esa mujer estaba borracha.

—También tú estás borracha.

—Claro que no, sólo estoy feliz.

—¿Feliz?

—Sí.

— ¿Por alguna razón en especial?

—Me dieron el empleo.

—¿En el museo?

— ¡Sí!

— ¿Cuándo ibas a decirme?

—Hoy...

—Ya que tu mamá cuidará a los niños toda la noche, ¿por qué no aprovechamos para hacer otra cosa?

— ¿Cómo qué?

— No sé, se nos ocurrirá algo en el camino.

— Al menos fue divertido.

— ¿Qué?

— Gritarle a esa mujer.

— Je je, David y Mariana deberían estar agradecidos, nunca habían tenido algo divertido en sus fiestas.

—Sí, son buenas personas pero se llevan el premio al aburrimiento.

## IX

Todavía temes mirarme. Sonríe, no me has matado. Ten mi mano y encuentra la línea que te marca en mi destino: es la línea más larga; justo la que se cruza con la línea de la vida. No te preocupes, estoy lista para dormir a tu lado, estoy lista para bailarte en penumbras y seducirte nuevamente aunque nos queden pocos segundos juntos. Mírame otra vez y no tengas miedo.

¿Te dije que me gustaste desde el primer día que te vi? ¿Acaso sabes que no dormí esa noche pensando en las tonterías que dijimos? ¿Te dije que odio la Geografía y que nunca entendí por qué no me besaste en la primera cita?

Eres un tonto, esta caída la habíamos planeado, ahora para ti y para mí se acaban el tiempo y el espacio. No hay otra manera más bella para acabar la vida o para ser recordados: “Murieron juntos”. Nunca pensé morir de una manera tan cursi. Tú sólo háblame en susurros, el lenguaje de los enamorados.

## X

Manejaron a alta velocidad atravesando la noche, la ciudad está dormida y hay muy pocos carros circulando por las calles y avenidas. Ella tiene un poco de sueño pero va riendo de nervios por ir tan rápido. En un momento él toma una desviación hacia un puente que no está terminado. Ven el final del puente inconcluso, pero es demasiado tarde para frenar. Los conos anaranjados en la orilla del puente son la puerta a lo desconocido que ellos van a atravesar.

No es momento de hablar y tampoco es tiempo de rezar, Mario mira a su mujer y siente en el pecho el hueco inllenable de los asesinos. Pero ella le sonrío y le tiende la mano. Vuelan sobre la ciudad juntos. Miran la ciudad desde los hombros del infinito y no importa que los fierros del auto se calcinen y el parabrisas se estrelle con la noche negra del pavimento.

## XI

Ve las montañas que rodean la ciudad, ve el cielo anaranjado y rosa que aparece cuando el sol lo quiere, ve las calles desiertas y las luces apagadas. Siente el cálido sueño que nos inunda lentamente cuando estamos juntos, siente que el mundo ha cambiado y que no me has olvidado. Ahora puedes llamarme por otro nombre, desea con todas tus fuerzas ese lugar en donde sólo te dedicarás a tocar el piano. Ponte tu sombrero de recuerdos y toma mi mano.

Nosotros somos Londres. Nosotros somos Londres. Nosotros somos Londres.  
Nosotros...

02/03/08



## **Rogelio Laguna**

Ciudad de México (23/01/1989)

Estudia filosofía en la UNAM.

Ha incursionado en la literatura y pintura, en últimas fechas en el mundo teatral.

Se encuentra preparando su primera novela.

Es autor del libro “Segunda navegación” editado en México por mc editores

[www.rogiolaguna.com](http://www.rogiolaguna.com)

[ralg23@yahoo.com.mx](mailto:ralg23@yahoo.com.mx)

Foto: Edgar Blancas 2008©